

En el cincuentenario de la primera República española

En tal día como hoy del año 1873 se proclamó la primera República española. Al cabo de una larga etapa de asonadas y pronunciamientos, advino el nuevo régimen, legalmente.

Luego del destronamiento de Isabel II y de la renuncia del «Rey Caballero», quedaron en el arroyo los «regios chirimboles», de que hablara don Juan Valera.

Y fué el Congreso el que acordó la mudanza, que no pasó de un ensayo apresurado ó de un bien intencionado balbuceo. Ocho meses de República constituyen un lapso de tiempo demasiado breve para que de él quede una huella fecunda é inmarcescible. Pero, con todas sus turbulencias é ingenuidades, estos ocho meses de régimen republicano forman un ejemplar, que convendría mucho repasar á los alcoholates y capitoses que hoy pasan por estadistas austeros é incorruptibles.

Los cincuenta años transcurridos, lejos de empujefecerla, han realzado y agigantado la obra de los hombres de 1873. ¡Qué sombra no proyectan hoy las figuras de Pi y Margall, de Salmerón, de Figueras, de Orensé, de Castelar, de Benot...! Cada día hemos de exhumar palabras y hechos suyos para contraponerlos á la miseria moral y á la oquedad mental de nuestros figurones.

Stucumbió la República porque, contra lo usual, los gobernantes eran muy superiores al pueblo; porque no supieron ni tuvieron lugar para separar utopías y realidades, para pliegarse á las impurezas cotidianas; porque España tenía, entonces, el corazón en carne viva y estaba toda sembrada de reuelos fratricidas y de quimeras fabulosas.

No se les permitió laborar á los cuatro Ministerios republicanos: Hubieron de acallar intonfonas carlistas, reprimir conspiraciones alfonsinas y sofocar locuras demagógicas.

Pero de los proyectos que no realizó la República se ha nutrido el escaso haber de la Monarquía. Con lo más superficial del ideario castelariano, enriqueció Sagasta el acervo legal, inyectándole un liberalismo, que luego se adulteró y corrompió en manos de secretarios de despacho y de aprendices de dictador.

Todavía no han perdido actualidad ni eficacia los postulados del programa federal, que, á adoptarse oportunamente, hubiera evitado que germinase la mala semilla separatista y secesionista.

Aún podría trasplantarse á la «Gaceta», con modificaciones meramente formales, aquel presupuesto de la paz—ensueño de poeta y visión de estadista—propugnado por Castelar.

Aunque toda la República no fuera más que aquel rasgo de Salmerón de renunciar á la primera magistratura del Estado por no firmar una sentencia de muerte, no hubiera sido baldío el ensayo del nuevo régimen.

Entre guerras y querellas civiles, frente al individualismo anárquico de la nación, desmoralizada por tantos años de inquietud y de nerviosismo, la República no perdió un régimen colonial, ni llevó á la juventud española á morir, sin provecho y sin gloria, en aras de un imperialismo desatentado.

No es lícito denostar ni menos desdeñar á la primera República española. La trajo una votación parlamentaria y la des hizo el zafio además de un general ensoberbecido. Todo lo que dejó detrás de sí fueron normas, proyectos, intenciones... Pero los hombres del 73 valían y se bastaban para haber construido una España renaciente y vigorosa sobre las ruinas del régimen tribal que hallaron al acceder al Poder.

No era tiempo ni era sazón. Y esa fué su desgracia, no su culpa.

Los hombres del 73

Emilio Castelar

La desgracia había ensombrecido el pobre hogar mesocrático. Muerto el padre, emigrados sus familiares de la ciudad natal—la clara, generosa y liberal Gades—, los ojos de la madre, anegados en llanto, se volvían esperanzados hacia aquel mozo precoz, lleno de fe, ante quien parecía abrirse una ruta luminosa. Vivía la familia en Alicante, al amparo de un su pariente, hombre cordial y liberal, que proveía, a duras penas, al sustento de los suyos. Castelar cursaba el bachillerato, y su voz cálida arengaba, al salir

de las aulas, a sus condiscípulos, y su fantasía se desbordaba sobre las cuartillas en trémulos ensayos.

La ambición muchachasca pudo más que la prudencia de los expertos. Y un día, acomodando su parvo ajuar en un carro, metiéronse todos en él, con rumbo a la corte, en busca de horizontes más amplios y de luchas más arduas. No fué larga la espera. Apenas llegado, obtuvo Castelar una plaza de alumno en la Escuela Normal de Filosofía, dotada con quince duros mensuales. Doble victoria, que le aseguró el pan y la cultura. Su espíritu iba formándose en una gestación casi morbosa sobre los pupitres de las bibliotecas. De vez en vez, su palabra armónica y erudita deleitaba en la Academia de San Isidro a los sencillos menestrales de los barrios populares. Todavía era un delito pensar en liberal. Vivía la reina en perfecto funambulismo, saltando de la tizona de O'Donnell a la espada de Espartero. Bramaba el pueblo en las calles y retumbaban los fusiles de los milicianos tras de las barricadas. Apaciguado el tumulto, los hábiles prestimanos palaciegos amansaban al monstruo con prodigios de ilusionismo, haciéndole creer en el triunfo de la soberanía nacional. La levadura rebelde del mozo gaditano fermentaba. Todas sus energías potenciales, toda su pleórica complejidad de artista excelsa, ansiaban ponerse al servicio del demos. Castelar realizó su primer acto público. Escribió una carta demandando un sitio en el partido democrático y la envió a «La Iberia». Aquella epístola ingenua y ardorosa pasó inadvertida entre el estruendo nacional de las luchas cotidianas. Pero el bisoño combatiente tardó poco en romper su ineditéz. Los demócratas celebraron un magno comicio en el Teatro Real. Hombres venerables y populares habían loado la Libertad con acentos apasionados y elocuentes. De pronto, Castelar se adelantó a la tribuna. Era desconocido, pobre de estatura, de traza inelegante. La multitud gruñó hostilmente ante el intruso. Su voz, plena y potente, modelaba los párrafos con una rotundidad morbida; lanzaba los anatemas con el ímpetu de un dominador de muchedumbres; daba a sus imágenes una rara y sugestiva corporeidad... Y el pueblo, subyugado, apasado por la belleza del discurso, se rindió al arte del que así sabía plasmar las inquietudes colectivas. Y Castelar quedó unido tribuno de la plebe.

Trataron los marqués de captar para

al naciente caudillo. Llamólo a su casa Espartero. Quiso conocerlo la reina. El ministro de Hacienda le brindó una pensión en Alemania con 50.000 reales. No se dejó alucinar el mozo por los cantos de sirena y rechazó la oferta: «Mi discurso no ha sido un memorial—dijo—. Si aceptaría, me acusarían de haber vendido mi conciencia». Prometiéndole el ministro sufragar la pensión de su propio peculio, y Castelar replicó: «Yo no puedo distinguir al hombre del ministro». Y, sin embargo, Castelar andaba a zarpazos con la miseria. «Mañana—escribía a sus hermanos—voy a vender la novela, y os enviaré dinero para el viaje».

La curiosidad pública, insaciable, requirió nuevos nombres. El héroe del Real, atraillado por la necesidad dura y hosca, se sumió de nuevo en el anonimato. Durante tres años escribió en «El Tribuno» y en «La Soberanía Nacional». Y estudió, como antes y como siempre, vorazmente. Y logró una de sus ambiciones más caras. Ganar una cátedra de Historia de España. Cátedra que había rechazado cuando, de tal orden, se la prometía Moyano, y que luego conquistaba por fuero de su intelecto esclarecido.

El ideario de Castelar había llegado a su madurez. Equidistante de la demagogia y de la reacción, ponía sus amores en la instauración de una República conservadora. Isabel II, voluble y antojadiza, adoptó un zesto populachero y simuló hacer donación de su patrimonio al pueblo. Castelar, en su artículo «El rasgo», publicado en «La Democracia», descubrió la ficción. Desatóse contra él la furia gubernamental. El impulsivo Narváez le arrebató su cátedra. Y, ciego ya de cólera ante la oposición del rector, depúsole asimismo de su cargo. La juventud universitaria irguióse bizarramente ante el despoja. Y el 10 de Abril de 1865, toda una briosa muchachada hizo con sus pechos juveniles una barricada viva contra la guardia veterana, desplegada en són de guerra. Ocho escolares murieron y resultaron heridos más de un centenar en aquella aciaga noche de San Daniel. Y ante los cadáveres de sus discípulos juró Castelar odio eterno a la dinastía borbónica. Y el hombre de la cátedra y del libro derivó en conspirador. Acaeció la jornada, adversa para los revolucionarios, el 22 de Junio de 1866. Castelar, Sagasta, Maros, Boerra, condenados a muerte en garrote vil, se cobijaron, protegidos por la bandera norteamericana, en la quinta de la poetisa Carolina Corona-

do. Huyeron después a París unos, y otros a Londres, a continuar su labor prerrevolucionaria. En Castelar venció el artista al conspirador, y corrió a Italia. Allí pensó más en Fra Angélico que en Cavour y le preocupó Miguel Angel más que Mazzini. Y sobrevino la llamarada de Alcolea. Zaragoza y Lérida le eligen representante suyo en las Constituyentes del 69. El genio de Castelar llega a su apogeo, y su verbo magnífico le eleva sobre los tribunos de todos los tiempos. Su palabra mágica aborda todos los temas. Apenas hay sesión en que su arte maravilloso no fascine a sus amigos y confunda a sus adversarios. España entera aprende de memoria su memorable apelación al Dios del Calvario, y se enardece con sus filípicas contra el Gobierno y reverencia a la democracia oyendo a Castelar loar la forma de gobierno republicana.

Pasa como un relámpago sobre el país, conturbado la silueta juvenil de Amadeo de Saboya. Y llanamente, como un fenómeno natural, adviene la República el 11 de Febrero de 1873. En aquel «pandemonium» de apetitos desenfrenados, Castelar se limita a aceptar la cartera de Estado en el Ministerio Figueras. Dimiten sucesivamente Pi y Salmerón y viene la Presidencia del Poder ejecutivo a manos de Castelar. En aquel momento, cumbre de su apostolado férvido y perenne, el tribuno se repliega sobre sí mismo. La nación, convulsa y fatigada, contempla a Carlos VII rey en Estella, y a los cantonales dueños de Cartagena. Ante el viejo dilema entre el absolutismo y la anarquía, Castelar ratifica su fe en la República conservadora e intenta vigorizar la disciplina, rota por cuarteladas y pronunciamientos. Pero no es hora de contemnorizar. El pueblo clama, exasperado, contra la quinta de los cien mil hombres. El alfonsismo hace proselitismo entre los restos del progresismo. Y ocurre, al fin, lo inevitable. Las mismas botas de montar que derribaron el trono de Isabel penetraban, dominadoras y jaefanciosas, en el Congreso. Estaban entretenidos los legisladores en elaborar un nuevo Gobierno y en dar a la República un nuevo presidente. Mientras Salmerón exoneraba a Pavía y Benot pedía armas para luchar contra los invasores, Castelar veía, lleno de amargura, cómo moría su más cara ilusión.

De aquella jornada nació el posibilismo. Castelar no dejó de ser republicano; pero, recordando tanta violencia y tanto heroísmo estériles, abominó del «hecho de fuerza». Si la República había de venir, que viniese por los cauces legales, traída, más que por la insurrección de los republicanos, por los errores de los monárquicos. El oportunismo de Sagasta deslumbró momentáneamente a Castelar. Promulgado el sufragio universal, garantizados el derecho de reunión y la libertad de imprenta, el ex presidente de la República proclamó en el Parlamento la democratización de la monarquía. Pero, poco a poco, la realidad fué desvaneciendo sus optimismos. La vieja pluma que escribiera «El rasgo» se enfrentó con María Cristina, como antaño con Isabel II. La voz elocuente, que la ancianidad tornó opaca, tronó contra el régimen confunaz en sus lacerias tradicionales.

Ya aquel hombre, que vivió prosternado ante el Arte y ante la Libertad, y cuya huella perdurará en el mundo como ejemplo fecundo y admirable, se sentía morir. Pero el moribundo tenía fe aún. Fe y esperanza. Su voz era tenue, ahitada. «Llevadme al Congreso—dijo a sus familiares—, y colocadme entre los republicanos». Y añadió todavía: «Tengo mucho que trabajar. He de escribir ahora un artículo para «La Ilustración». Y aquella voz única se extinguió definitivamente. Era el 25 de Mayo—mes florido y gentil—de un año desolado y lúgubre: el 1899.

ISAAC ABEYTUA.

Traspaso comercio

muy productivo, fácil manejo, gran clientela, esquina, cuatro huecos. Razón en esta Administración, iniciales L. P.



Es el mejor tónico y nutritivo para convalecientes, personas débiles. Recomendado contra la inapetencia y malas digestiones, anemia, tisis, raquitismo. Pídanse en farmacias y en la Ocul. Autor. - 10643, Madrid.

Si necesita Vd. un
RECONSTITUYENTE ENERGICO
use Vd. el

Vino Ona

del Dr. Aristequi

A los pocos días de tomarlo:

AUMENTA el APETITO
RENACEN las FUERZAS
DESAPARECEN los VAMIDOS
y el **DOLOR de CABEZA**

Con el uso constante del **VINO DNA**
Los NIÑOS crecen Sanos y Robustos
Las MUJERES QUE CRIAN se fortifican
Las JÓVENES ANÉMICAS se curan
Los NEURASTÉNICOS los Agotados por Exceso de trabajo. Los Envejecidos Prematuramente recobran su fortaleza

Es un vino riquísimo al paladar
De venta en Farmacias y Droguerías